

LA "MALDICIÓN DE LA HIGUERA" (MC 11, 12-25) Y LA DIMENSIÓN SIMBÓLICA DEL EVANGELIO DE MARCOS

La perícopa de Marcos 11, 12-25 constituye una "crux interpretum" por las contradicciones semánticas ("fue a encontrar algún fruto... no era tiempo de higos" 11, 13) y por la imagen de un Jesús irascible. Una aproximación a la luz del simbolismo bíblico y de la teología de Marcos hace inadecuada la definición tradicional del episodio como "la maldición de la higuera y la purificación del templo".

La "malediction du figuier" (Mc 11, 12-25) et la dimension symbolique de l'évangile de Marc, Revue Biblique 121 (2014) 375-391.

UN EPISODIO ENIGMÁTICO

Marcos 11, 12-25, es uno de los pasajes más enigmáticos del segundo evangelio, parecido a una historia apócrifa introducida por casualidad en el Evangelio de Marcos. El único "pecado" de la higuera es encontrarse con Jesús en un mal momento. El episodio intriga tanto por el contenido como por la forma, ya que la historia de la higuera engloba en "sandwich" el de la purificación del templo (vv.12-14 / 15-19 / 20-25). Este artículo se propone explorar un aspecto particular del segundo Evangelio: el simbolismo.

Sin duda estos últimos años aumenta el interés por el dominio del símbolo. El documento de la Pontificia Comisión Bíblica "La interpretación de la Biblia en la Iglesia" (1993) ha llamado la atención sobre la importancia de la di-

mensión simbólica de la Escritura: "No se trata solo de describir el lenguaje simbólico de la Biblia, sino de captar su función de revelación y de interpelación" (1.D.3). Una ojeada a la literatura inter-testamentaria y en particular a los manuscritos del Mar Muerto, muestran cómo el período de composición del Nuevo Testamento ha pasado por un lenguaje típicamente simbólico. Los procedimientos de la exégesis judía del tiempo, apreciables en el *Targum*, el *Pesher* y la *Midrash*, lo confirman en abundancia. El simbolismo, antes de ser una manera de interpretar, es una manera de concebir y componer las narraciones bíblicas.

En la interpretación de Marcos 11, 12-25 la mayoría de los estudios han dado a la "purificación del templo" el interés principal de la

investigación, reservando a la higuera un lugar secundario. La configuración de la perícopa conduce sin embargo a centrarse en el episodio de la higuera. A diferencia de Mateo, donde la escena de la purificación (Mt 21, 1-11) antecede a la escena de la higuera (Mt 21, 18-22), en Marcos el episodio de la higuera envuelve la del templo (vv. 12-14 / templo / 20-25) y sugiere que es indispensable descifrar la historia de la higuera antes de abordar la del templo.

Una interpretación adecuada de la historia-marco de la higuera

(vv. 12-14 y 20-25) es crucial para una correcta comprensión de la escena del templo (vv. 15-19). Varios estudios han visto en este pasaje un icono de la relación de Jesús con el templo y más en general de su posición respecto al judaísmo. Una identificación rápida de la higuera con Israel ha conducido a conclusiones discutibles sobre la elección, la alianza o el futuro de Israel. Una nueva exploración se muestra fructuosa a nivel interreligioso y también para una reflexión cristiana *ad intra* sobre la identidad y el papel del pueblo judío.

LAS LECTURAS DEL PASAJE

La historia de la interpretación de la perícopa empieza en la misma tradición sinóptica. La entrada en Jerusalén y la purificación del templo se hallan en los cuatro Evangelios (Mt 21, 1-9; Mc 11, 1-11; Lc 19, 28-40; Jn 2, 13 // Mt 21, 10-17; Mc 11, 15-19; Lc 19, 45-46; Jn 2, 13-22), pero la escena de la higuera solo aparece en Mateo y en Marcos (Mt 21, 18-22; Mc 11, 12-14.20-21) con evidentes diferencias. Además, si para la acción de Jesús en el templo hay una referencia histórica, el episodio de la higuera ha alimentado un montón de hipótesis:

a) Una interpretación supone que la historia habría tenido lugar en un cuadro cronológico distinto y que Jesús habría podido encontrar frutos precoces

o “higos de invierno”. Esta propuesta tiene un obstáculo textual en la afirmación de Mc 11, 13: “pues no era tiempo de higos”.

b) Otra explicación ve en el relato de Marcos una leyenda etiológica, queriendo explicar la presencia de una verdadera higuera estéril en el camino que va de Betania a Jerusalén, conocida por la primera comunidad cristiana. Esta explicación es pura conjetura.

c) Para otros, en el origen habría habido un *logion* de Jesús (como la parábola de la higuera de Lucas 13, 6-9) que más tarde se transformó en relato. Esta solución también es una suposición

d) Finalmente, ciertos autores consideran el episodio como una “parábola en acción”, como en las de algunos profetas (Is 20, 1-6; Jr 13, 1-11; Ez 4, 1-15), que Marcos habría introducido en su relato para enmarcar la historia del templo.

Esta lectura “simbólica” da lugar a diferentes interpretaciones que siguen dos orientaciones principales. O bien se interpreta tipológicamente (relacionándolo con un pasaje anterior), o bien alegóricamente (reemplazando la higuera por otro elemento). Mientras unos

ven en la escena la dramatización de una profecía del Antiguo Testamento, para otros la higuera representaría otra realidad (la Ley, el templo, las autoridades religiosas, Jerusalén o Israel). Un estudio del simbolismo bíblico conduce a considerar estos dos tipos de interpretación como reductores y engañosos. El valor semántico de un símbolo bíblico no se puede deducir de una imagen tomada aisladamente. El valor de los símbolos implica un atento estudio del texto y del contexto y una atención a la trayectoria que manifiestan a lo largo de la Biblia.

UN ESTUDIO SIMBÓLICO DE MARCOS II, 12-25

Esta perícopa pide una aproximación transversal de varios métodos, que se podría llamar “análisis exegético-simbólico”. El lenguaje figurativo utiliza una semántica particular que no es apreciable en una investigación histórico-genética, sino que necesita la convergencia de distintas metodologías.

El estudio del simbolismo se coloca en una perspectiva de tipo sincrónico, fijándose más en la forma final del Evangelio que en sus fuentes o su historia redaccional. El análisis será pues del tipo literario, de una obra en la que las partes obedecen a una estrategia narrativa. Interesa la intertextualidad, subrayando los lazos literarios y semánticos de la perícopa con el conjunto del segundo Evangelio y con otros pasajes del AT y el NT.

Esta aproximación al pasaje de Mc 11, 12-25 resulta del mismo texto: su comparación sinóptica con Mateo y Lucas muestra la necesidad de tener en cuenta esta perspectiva. Los trazos distintivos del texto de Marcos son visibles ya en la escena de la entrada en Jerusalén (11, 1-11; cfr. Mt 21, 12-13; Lc 19, 45-48). Marcos no da lugar a un espacio narrativo de la ciudad, sino que se concentra inmediatamente en el templo, con el que Jesús tiene una confrontación directa y personal (cfr. Mc 11, 11). Si en Mateo y Lucas la actuación de Jesús en el templo (cfr. Mt 21, 1-11; Lc 19, 28-40) prepara el santuario para las curaciones o las enseñanzas que seguirán (Mt 21, 14: “curó”; Lc 19, 47: “enseñaba cada día”), en Marcos el gesto está ais-

lado y sin continuación. Anuncia sencillamente un final. Jesús entra en el templo para declarar su fin y salir inmediatamente después.

La escena de la higuera se presenta desde dos perspectivas distintas: en Mateo (21 18-20) la higuera seca es un ejemplo de la fuerza de la palabra de Jesús, en Marcos es signo de la impotencia del árbol para dar frutos. En Ma-

teo tiene la forma de un milagro (21, 21-22), en Marcos es un gesto simbólico que se refiere al templo. Mateo no tiene ningún interés en colocar la purificación del santuario y el pasaje de la higuera en el mismo día, lo que parece pretendido y esencial en Marcos. El mismo texto indica que los signos que Jesús realiza en el templo tienen un valor simbólico relacionado con la higuera.

LAS ETAPAS DE UN ANÁLISIS EXEGÉTICO-SIMBÓLICO

Definición de los conceptos implicados

En una primera etapa, es necesario examinar la cuestión del simbolismo y de su impacto en el texto bíblico. La comprensión de *lo que* significa el símbolo exige captar *cómo* significa.

Una concepción reductora del símbolo -visto como opuesto a lo real- ha producido una falsa antítesis entre “figurativo” y “literal” y entre “simbólico” e “histórico” que ha afectado la interpretación bíblica. Hay que considerar el símbolo en cuanto dinamismo que anima las secciones del relato y, más generalmente, el conjunto del texto bíblico. En su forma narrativa se define por el elemento concreto al que se refiere, o por la trama en la que se inserta. El contexto próximo, el libro que lo contiene y el conjunto de la Escritura amplifican

el sentido de la imagen con matices y significaciones nuevas. Toda repetición de un símbolo implica una continuidad y una novedad. Este fenómeno es más llamativo en el NT, en el que el bagaje simbólico sufre una innovación semántica y una confluencia cristológica. Los símbolos tradicionales convergen para expresar la identidad y la misión de Jesús de Nazaret.

El segundo Evangelio está profundamente impregnado de simbolismo. Ciertos elementos tanto de la forma como del contenido (los milagros, la noción de “Reino”, el discurso parabólico, la opacidad del relato, la paradoja) encuentran en la dinámica del símbolo un punto de reencuentro y de coherencia. Ciertas imágenes como la “vista”, los “vestidos” y el “pan” definen trayectorias que se extienden al conjunto del relato de Marcos. Muestran que la utiliza-

ción del símbolo no se justifica por una simple “estrategia retórica”, sino que se enraíza en el misterio cristológico. La identidad de Jesús, en tanto que Mesías crucificado, da forma a todo el relato y encuentra en el lenguaje simbólico la formulación más adecuada.

Manifestando la identidad del Maestro, los símbolos de Marcos trazan también el camino del discípulo, en una doble transparencia: cristológica y eclesiológica, kerigmática y ética. De esta forma esclarecen el doble registro del segundo Evangelio: la *historia de Jesús* de cara a *formar al discípulo*.

Estudio de los símbolos en el corpus bíblico

Un examen rápido del Antiguo Testamento muestra que solo un pequeño número del término hebreo “higuera” o “higo” se refiere al árbol (Ne 13, 15; Pr 27, 18; 2 R 20, 7; 1 S 25, 18; 30, 12). En la mayoría tiene más bien un sentido figurado (Ag 2, 19; Dt 8, 7-8; Ju 9, 7-15; 1 R 5, 5; Jr 5, 17; 8, 13; 24, 1-8; Os 2, 14; 9, 10; Ha 3, 17; Jl 1, 12; Mi 4, 4; Za 3, 10). La higuera bíblica evoca la relación particular que une a Dios con el hombre, expresando los beneficios y las obligaciones. La fluidez semántica de la imagen impide una automática identificación con Israel. En todos los casos presenta una visita de Dios y las consecuencias que comporta. La fecundidad o la sequedad

de la higuera puede identificar cada aparición de la imagen con una intervención directa de Dios en la historia. En este horizonte “de alianza” la higuera funciona como una especie de “barómetro”.

Los pasajes sobre la higuera en el Nuevo Testamento confirman lo que se ha entrevisto en el AT. Las palabras “higuera” e “higos” remiten a un suceso de encuentro, necesariamente de juicio. La aparición de la higuera anuncia la llegada de un *kairós*, de un tiempo singular (Lc 13, 6-9) marcado por un encuentro que tiene como protagonista a Dios o su Mesías (Jn 1, 48-50). También aquí las referencias a la higuera están marcadas por una cierta opacidad que impide una definición precisa y una identificación con Israel (Mc 13, 28-29; Mt 24, 32-33; Lc 21, 29-31). Una convergencia cristocéntrica caracteriza las ocasiones en que sale la higuera: el tema veterotestamentario de la visita de Dios asume en el NT trazos claramente mesiánicos. Si en el texto aparece una higuera se puede esperar que Dios, o su Mesías, hará muy pronto irrupción en la escena.

Análisis exegético propiamente dicho

El estudio de la sección narrativa (11-13 de Marcos) parece mostrar una condena. Con todo, hay notas discordantes en la sección: el escriba que “no está lejos del reino de Dios” (11, 28-34), el

don total de la viuda en el templo (12, 41-44), la apertura universal del discurso escatológico (13, 1-37) y el final de la parábola de los viñadores (12, 1-12).

La utilización del símbolo de la higuera en los capítulos 11 y 13 (higuera seca, pero vuelve a reverdecir) parece indicar que lo que ha sido encontrado “sin frutos” por Jesús (11, 13) vaya a quedar excluido de la recolección final (en 13, 28). Proponiendo el mismo elemento con dos sentidos discordantes, el texto sugiere que el contenido del símbolo es la trayectoria del conjunto, más que sus circunstancias individuales. El aumento simultáneo en la sección 11-13, de citas bíblicas, de designaciones cristológicas y el carácter simbólico ponen en evidencia la estrecha relación con que estos tres elementos se conjugan en el segundo Evangelio.

El análisis exegético de Marcos 11, 12-25 muestra también una serie de datos interesantes: en la *primera escena* (vv.12-14) la notación “no era tiempo de higos” (v. 13) representa una advertencia contra una consideración de la acción de Jesús a nivel puramente material. El valor simbólico del gesto se manifiesta en la consideración de esta falta, absolutamente normal, como una señal del significado ulterior del relato. La anomalía de buscar frutos es lo que guía para una lectura figurativa de la misma. Invita a ver la escena y la suerte de la higuera como una figura de la escena y de la suerte

del templo, confirmando la relación ya sugerida en la estructura del pasaje (higuera/templo/higuera).

En la *escena del templo* (vv. 15-19), la productividad del santuario, visible por las actividades que se desarrollan en su recinto, recuerdan la imagen de la higuera tal como aparecía “de lejos” (11,13). Las hojas (la apariencia de los sacrificios y de las ofrendas) hacían pensar que el lugar del culto funcionaba a pleno rendimiento, como la higuera parecía estar floreciente. Pero al acercarse Jesús, y a su vista, ambos revelan su vacuidad. La higuera no satisface el hambre de Jesús, el templo no es “casa de oración”. Esta carencia, evidente en el árbol, es más ambigua en el caso del templo. El estado de la higuera saca a luz el del templo, un símbolo de la verdadera condición del santuario.

La *tercera escena* (vv. 21-21) confirma lo dicho. Diversos elementos indican que la apreciación de Pedro en términos de “*maldición*” (11, 21) es impropia, porque no recibe ninguna aprobación ni por parte de Jesús ni por parte del narrador. La higuera como el templo fallan en lo que deberían “producir”, ninguno de los dos colma el hambre de los que se les acercan. La historia de la higuera confirma así que la finalidad de la “casa de oración” es ser para sus beneficiarios una vía de acceso a Dios. Fracasar en esta misión equivale a una autocondenación. La separación de los dos elementos (la

falta de fruto y secarse) en dos escenas (vv. 12-14 y 20-21) impide relacionar mecánicamente la suerte del templo con su destrucción en el 70 d.C. El episodio de la higuera pone así el final del templo en una perspectiva de “economía de salvación” más que de castigo o condena.

La *enseñanza sobre la oración*, con que concluye (vv. 22-25), se ha visto como un añadido secundario, pero tiene un papel esencial en la historia. Los tres elementos que contiene (la fe, la oración, el perdón) son los que definen el papel del templo. El fin del santuario reclama un nuevo lugar de encuentro con Dios -la comunidad cristiana post pascual- en la que la fe, la oración y el perdón se continuarán ofreciendo. Inaugurando en el mismo relato su lectura simbólica, la narración pretende interpelar a la comunidad cristiana de todos los tiempos. La perícopa constituye así una prueba de la forma en que Marcos llega a combinar contenido y hermenéutica, narración y normas para la interpretación.

La *estructura intercalada* (higuera/templo/higuera), confirma que los episodios de la higuera y del templo se iluminan recíprocamente: la combinación de escenas reproduce la relación semántica que contienen.

Una atención a la dinámica simbólica permite una lectura de

Marcos 11, 12-25, mostrando que su fin no es esbozar el fin del templo, en una condenación del drama del 70 d.C. Pretende más bien presentar ese acontecimiento a la luz del misterio de la muerte y resurrección de Jesús. Uniendo la desaparición del templo a la suerte de Jesús el texto de Marcos relee los acontecimientos históricos en un horizonte más amplio de tipo teológico. El cuadro explicativo del episodio analizado es pues la teología particular de la que Marcos es el portavoz.

En general, el episodio de la higuera revela la manera específica con la que el segundo Evangelio recurre a los símbolos. El símbolo es una amplificación del sentido de los acontecimientos, a la luz del bagaje simbólico del AT y de la percepción de Jesús propia del autor. Transmitiendo tradiciones percibidas como esenciales, Marcos no puede sino asociarlas a imágenes familiares y a un lenguaje figurativo, propio del AT, releído en una perspectiva de cumplimiento. Este proceso manifiesta una percepción particular de la memoria evangélica: para la comunidad de los orígenes el valor figurativo de los acontecimientos vividos constituía su riqueza y su naturaleza más profunda. La capacidad “simbólica” de esta tradición era la prueba fundamental de su “verdad” y la principal razón de su transmisión.

ALGUNOS RESULTADOS INTERPRETATIVOS

El análisis propuesto contradice algunas ideas sobre la perícopa de Marcos 11, 12-25, y en primer lugar el vocabulario utilizado de “la maldición de la higuera y la purificación del templo”.

¿”Maldición” de la higuera?

La declaración de Jesús “que jamás nadie coma de tus frutos” (11, 14) no indica el fin de producirlos, ni que la higuera está destinada a desaparecer, como en el caso de Mateo (21, 19). El hecho de que el árbol se haya encontrado seco (11, 20) no obliga a considerar la declaración (11, 14) como una maldición. Al contrario, la discontinuidad cronológica y narrativa (*estructura intercalada*) parece sugerir lo contrario. Aunque la primera escena, centrada en la apariencia del árbol y la búsqueda de frutos permite imaginar un veredicto sobre el futuro de la higuera, la intervención de Jesús produce un cambio inesperado de registro, del árbol a sus frutos (“que nadie coma de tus frutos”), que hace inadecuada la “maldición”. Segunda escena: la declaración de Pedro ratifica la esterilidad inicial de la higuera (11, 21: “se ha secado”). El Jesús de Marcos no maldice la higuera y no la condena a secarse. Declara sencillamente acabado el período (*kairós*) de comer sus frutos.

¿”Purificación” del templo?

En Mateo los gestos de Jesús preparan el santuario para su ministerio carismático (21, 14: “Los ciegos y los cojos se acercaron a él en el templo y los curó”) y en Lucas lo predisponen a recibir una prolongada enseñanza (19, 47: “estaba cada día en el templo enseñando”). En Marcos, el texto y la cita bíblica que sigue (11, 15-17) llenan todo el espacio y toda la atención. El episodio no prepara a ninguna actividad. Si la acción de Jesús en Mateo y en Lucas lo puede parecer, el gesto en el segundo Evangelio es mucho más que una “reforma”, significa la interrupción de las actividades culturales, representa un *punto final* o la proclamación simbólica de un final.

¿Un “vaticinium ex eventu” de la caída del templo?

El fin del santuario está decretado por los que creen defender su interés en el momento en que deciden la muerte del que consideran su gran adversario. La condena de Jesús coincide con la del santuario, como lo sugería ya el “cambio” de la piedra: “la piedra que desecharon los constructores se ha convertido en piedra angular” (Mc 12, 10). En la presentación joánica del episodio, la suerte del santuario se identifica con la de Jesús en

la cruz: “se refería al santuario de su cuerpo” (Jn 2, 21) y no hace más que explicitar lo que ya sugiere el relato de Marcos. La mayoría de los comentaristas han visto en la perícopa en cuestión un *vaticinium ex eventu* en relación a la caída del templo. Más bien habría que decir que, en el Evangelio de Marcos, la escena tiene el valor de *vaticinium ante eventum* con relación a la Pascua, una anticipación simbólica de la novedad radical que va a desencadenar.

La higuera, Israel y la comunidad cristiana

El análisis realizado muestra cómo cada uno de los dos episodios -la higuera y el templo- añade al otro un complemento de sentido y una dirección de comprensión. La acción de Jesús en el templo se convierte en un anuncio de que la función del santuario no será útil a na-

die en el futuro (11, 14: “que jamás nadie coma de tus frutos”). La escena de la higuera tiene como finalidad manifestar la suerte del santuario. Unas referencias sutiles al relato de la pasión, como el cuadro en “tres días” (Mc 11, 12-25), colocan el episodio en el contexto de una lectura de la historia de salvación. Lo que Jesús hace ver acerca de la higuera y del templo está relacionado con la novedad inaugurada con su muerte y resurrección.

El Antiguo Testamento identifica a veces la higuera con el pueblo escogido. Un análisis de la sección 11-13, así como la estructura intercalada de Marcos 11, 12-25, muestran que una asociación pura y simple de la higuera con Israel es inexacta. La enseñanza con que concluye la perícopa (vv. 22-25) testimonia que el mayor interés de Marcos no es la desaparición del templo sino el sentido y las consecuencias para la comunidad cristiana.

EL IMPACTO DEL SIMBOLISMO EN EL SEGUNDO EVANGELIO

El análisis de Mc 11, 12-25 atestigua que símbolo y relato están estrechamente ligados en Marcos y es imposible considerar uno sin el otro. Los símbolos de Marcos proponen sincrónicamente lo que el relato desarrolla de forma diacrónica, fijando en una figura lo que la narración cuenta en una historia. Los símbolos representan como un corte transversal de la na-

rración y el sentido que la atraviesa.

El simbolismo del segundo Evangelio aparece como efecto de la percepción que el narrador tiene del acontecimiento cristológico y como un procedimiento que tiene de transmitir esta visión. El mismo relato indica que los acontecimientos tienen un sentido más

profundo de lo que parece. Hay una estrecha relación entre la comprensión que tiene Marcos de la identidad de Jesús y la decisión de emplear una manera de narrar la historia.

El contenido cristológico, el progreso narrativo y el dinamismo simbólico convergen en una misma

dirección. La incidencia de los símbolos es tan profunda que esta dimensión constituye una *conditio sine qua non* para la lectura del segundo Evangelio. Símbolo y relato tienen tal ósmosis en Marcos que es difícil decir si se trata de una “narrativización” del símbolo o una “simbolización” de la narración.

ALGUNAS APORTACIONES METODOLÓGICAS MÁS ÁMPLIAS

El análisis de Marcos 11, 12-25 ha mostrado cómo el relato dispone estrechamente el contenido histórico y el desarrollo simbólico, y cómo el sentido literal y el figurativo no se excluyen mutuamente. Las perspectivas históricas y simbólicas de los textos no hay que considerarlas como opuestas o alternativas. Los símbolos de Marcos se enraízan en realidades que son elevadas al nivel de símbolos e integrados en un horizonte de revelación. Una atención a los símbolos es necesaria no solo en una búsqueda de tipo literario, sino también en un análisis diacrónico e histórico. La continuidad entre historia y simbolismo hace aparecer la tradición evangélica como un lugar legítimo para una apreciación crítica de los acontecimientos originales. Al mismo tiempo impide identificar la “verdad” con una correspondencia histórica de los hechos narrados.

El tema del simbolismo bíblico es un discurso que no se deja encuadrar por la exégesis. Una atención al símbolo no excluye los procedimientos históricos y filosóficos, sino que los implica. Valorar el símbolo abre un espacio de diálogo entre las diferentes aproximaciones exegéticas y abre pistas de lectura alrededor de la unidad de los dos Testamentos. Redundando en sucesivas lecturas del Libro los símbolos riman y unifican el conjunto del Canon. Tomar en cuenta esta trayectoria es la mayor apuesta para una apreciación del símbolo en la exégesis. El símbolo es el objeto de esta trayectoria y el motor. Su polisemia y su opacidad muestran el estatuto de toda reflexión sobre Dios. El velo de los símbolos no hace más que recordar el límite de todo discurso teológico, incitando a una reflexión que jamás será agotada.

Tradujo y condensó: CARLES PORTABELLA, S.J.